

## La Resurrección. Ruptura de esquemas

Stefano María Chiari - 26 de marzo de 2008

Jesucristo está vivo, ha resucitado; la Resurrección es un acontecimiento único en la historia de la humanidad y de las religiones. Ningún santón, ningún guru, ningún maestro, ningún gran iniciado ha podido evitar la corrupción del sepulcro.

La Resurrección es el acontecimiento de la Fe, porque vence lo que causa el temor más grande para el hombre y lo que para él representa la descomposición incluso moral y espiritual absoluta: la muerte. El último enemigo que será vencido en la humanidad, ha sido desarmado por Cristo Nuestro Señor.

La Resurrección es un hecho histórico. Se apoya en el testimonio de personas que han dado la vida por proclamar que es verdad. Una de dos: o los apóstoles mintieron o bien dijeron la verdad; una tercera posibilidad podría ser la que sostiene la mera convicción de una ilusión: los apóstoles habrían pensado que decían la verdad, pero eran tan sólo unos ilusos, se engañaban. Pues bien; examinemos una por una estas hipótesis.

### LA MENTIRA

Esta suposición contiene una contradicción: si los apóstoles hubieran anunciado una cosa falsa, ¿qué sentido habría tenido estar dispuestos a confirmar con su sangre esa verdad? Todos ellos (menos San Juan, que superó ileso el martirio) dieron la vida por el Maestro, que sabían que era vivo y viviente. ¿Se puede pensar en serio que habrían muerto por un engaño ideado por ellos mismos (por ejemplo, robando el cadáver), que los habría llevado al sufrimiento, a ser perseguidos, hasta morir condenados precisamente por eso? De veras sería no sólo inverosímil, sino impensable.

Y que los apóstoles hayan predicado a Cristo y Cristo crucificado y resucitado, y el hecho de que hayan dado la vida, son sucesos históricos documentados, no sólo por el Nuevo Testamento; bastan, entre todos, los testimonios epigráficos sepulcrales del primer siglo. Por tanto murieron todos, pero desde luego no por algo que sabían que era falso.

**¿Entonces murieron tal vez por UNA ILUSIÓN?** Veamos esta otra hipótesis.

¿En qué consiste la **ilusión**? «Una representación engañosa de la mente, que imagina o interpreta la realidad conforme a sus propios deseos y esperanzas».

Podemos cambiar la palabra y hablar de **alucinación**: «Percepción de objetos o fenómenos que no existen»; en ambos casos la sustancia de las cosas no cambia: la Resurrección se entendería –según esta interpretación– como una especie de autosugestión inducida por las falsas esperanzas de los pobres apóstoles espantados.

Bien, tratemos de entender. Jesús habría sido crucificado y sepultado y luego –a fuerza de llanto y lágrimas– la resignación habría dado paso a una ilusión, confirmada por las apariciones del que creían resucitado.

Y sin embargo este argumento no convence de ninguna manera. Los mismos textos sagrados desmentirían esa idea; no hay nada en los santos Evangelios que permita pensar en una especie de «preparación» de los discípulos; todo lo contrario, Santo Tomás llegó a negar el testimonio de los otros; las mujeres no fueron creídas; incluso cuando Jesús se elevó en su Ascensión al cielo, algunos todavía dudaban.

Pero, incluso si no se quiere dar crédito a la Sagrada Escritura, pensemos: ¿cómo es posible que una alucinación semejante no haya sido fácilmente desmentida por los opositores? ¡Habría sido suficiente tomar el cadáver de Jesús y mostrarlo al pueblo, para desacreditar a todos los secuaces y simpatizantes de la nueva doctrina! Pero no fue así.

Y no vale la objeción de que el cadáver habría sido robado del sepulcro precisamente por los mismos apóstoles, que después habrían creído verlo resucitado; esa hipótesis no se tiene de pie, porque hace confluír dos opciones incompatibles entre sí: **el fraude y la autosugestión**.

¿Y entonces?

**No queda sino la última posibilidad: que Jesús ha resucitado y se ha aparecido a las mujeres, a Céfás, a los once y más tarde también a más de quinientas personas.**

Testigos vivos que pudieron atestiguar lo que vieron, tocaron, escucharon realmente.

Ese es el anuncio de la Fe. Es el testimonio de un hecho. De una Persona viva y presente.

El cristianismo abate la idea del mito y desciende en lo concreto, en lo de cada día.

La historia adquiere características lineares, con un origen y hacia un final; el hombre y su vida están llenos de significado y no se pierden disueltos en el remolino nihilista y anárquico de paraísos de sabor panteísta.

El hombre no es una ilusión permanente (como para el paganismo en general); es fruto de un Amor que lo crea y que lo quiere salvar del mal que él mismo se procura.

El hombre es una realidad única. Es creado cuerpo, alma y espíritu, ahora; así como es.

Amado por Dios, sin necesidad de retrasos y de progresos evolucionistas en la materia o en el espíritu; con la plena capacidad de responder a ese Amor, con todo su propio ser.

La Resurrección nos habla de ese amor único del Padre, que vence al mundo y que destina por eso al hombre a revestirse de incorruptibilidad; es importante comprenderlo.

¡Este hombre! San Pablo lo dice claramente: *esto* cuerpo mío (*éste* y no otros, como afirman los reencarnacionistas) será vestido de inmortalidad, porque habrá asumido en sí el Espíritu del Señor. Es el misterio de la Resurrección de la carne y de la vida eterna; vida individual, incluso cuando esté perdida en el abismo infinito de Luz y de Amor que es el mismo Dios.

La Resurrección atestigua la victoria de Cristo de forma definitiva, cierta, irrepetible.

Si tal acontecimiento es cierto, ¿qué otra fe o qué otro misterio hemos de esperar todavía que nos salve?

Resurrección, misterio de adoración y de agradecimiento, de gozo y de liberación.

---

## La muerte de San Pedro confirma la Resurrección de Cristo

Stefano Maria Chiari - 27 de marzo de 2008

La observación de un lector es útil ocasión para profundizar la historicidad de la muerte de aquellos que confesaron con su sangre la fe en Jesucristo, vivo y resucitado. Ya que si de verdad murieron por su testimonio de Cristo, es difícil suponer que fue por dar testimonio de algo falso.

Ocupémonos en particular de la suerte del Príncipe de los apóstoles.

Los testimonios son numerosos al respecto y todos concuerdan. Nos referimos esencialmente a demostraciones extra-bíblicas, para asumir una postura del todo «laica», partiendo del falso presupuesto de que la Sacra Scrittura sea facciosa (mientras que sabemos que es también una segura fuente histórica).

Los textos más dignos de crédito, que nos informan del martirio de San Pedro en Roma, son prácticamente dos: la primera epístola de San Clemente Romano a los Corintios, (año 96 después de Cristo aproximadamente), que dice: *«Por envidia y por celos los más válidos y más importantes pilares [de la Iglesia] han sufrido la persecución y han sido desafiados hasta la muerte. Volvamos nuestra mirada a los santos Apóstoles... San Pedro, que a causa de una injusta envidia, sufrió no uno o dos, sino numerosos sufrimientos, y, tras haber dado testimonio con el martirio, alcanzó la gloria que había merecido»*, y un célebre pasaje de los «Anuales» de Tácito (XV, 38-45), en que el historiador habla del famoso incendio de Roma en la noche entre el 18 y el 19 de julio del 64 después de Cristo y de sus consecuencias.

Si no se quiere aceptar el testimonio de Clemente, no puede rechazarse la de Tácito, el cual sin duda escribía en una época muy próxima a los acontecimientos y disponía de fuentes muy seguras (testigos oculares, las «Acta senatus» y las «Acta diurna», o sea, respettivamente, los verbales de las sesiones del Senado y los diarios oficiales del Estado romano).

El motivo de la condena a muerte de la «ingente multitud» («*multitudo ingens*»), así fueron definidos los cristianos), fue, no tanto la acusación del incendio de Roma, sino el «odio contra el género humano» («*odium humani generis*»), que equivalía a ser declarados «enemigos del Imperio» (que habitualmente se identificaba con el «género humano»).

Tácito nos informa también del lugar y del tiempo de las ejecuciones capitales: durante espectáculos de circo («*circense ludicrum*»), y en los llamados «*horti*» (o sea, el circo vaticano de Nerón), a causa del estado ruinoso del resto de la ciudad (incluido el Circo Máximo) a causa del incendio.

La datación precisa de los espectáculos es el mes de octubre del año 64; el incendio de Roma fue poco antes (18-19 de julio); no resultan otros eventos circenses hasta la muerte de Nerón (9 de junio del 68); en efecto, sabemos entre otras cosas que entre finales de septiembre del 66 después de Cristo y comienzos del 68 el emperador hizo un viaje a Grecia.

Como ulterior confirmación de cuanto hemos dicho, han sido hallados dos importantes escritos anónimos en griego, contenidos en un papiro actualmente conservado en Viena: el «*Apocalipsis de Pedro*» y la «*Ascensión de Isaías*». Muy probablemente datables también ellos en el primer siglo, no lejos de los sucesos del 64 (tal vez no posteriores al 80 después de Cristo), escritos en ambiente judío-cristiano.

En ellos, los autores preven la muerte de Nerón, precisamente a causa del martirio de San Pedro. Dan indicaciones precisas (3 años, 7 meses y 27 días), para mostrar el tiempo restante de la vida de Nerón desde que ocurrió el infausto evento (la muerte de Pedro).

El cálculo preciso nos lleva a una fecha: el 13 de octubre del 64, que entre otras cosas coincide precisamente con el llamado «*dies imperii*» de Nerón, o sea el aniversario de su subida al trono.

Pero precisamente el 13 de octubre del 64 coincidía con el décimo aniversario de su reinado («*decennalia*», 13 de octubre del 54/13 de octubre del 64).

Se trataba por tanto de una conmemoración particular: el «*dies imperii*», junto con el «*dies natalis*» (cumpleaños), era la fiesta más importante relativa a la persona del emperador, durante la cual los emperadores solían dar juegos públicos y espectáculos con gladiadores; durante los cuales se hacían también sacrificios y rituales, entre ellos exponer los condenados a las fieras.

Todo parece confirmar en concreto el contexto del martirio.

Pero prosigamos.

Entre los hallazgos arqueológicos romanos, son numerosísimas las representaciones de San Pedro (después de las de Jesús, «el buen pastor», tenemos el mayor número de efigies).

**La venida de San Pedro a Roma nunca fue negada sistemáticamente hasta el siglo pasado.** Hoy día son muy pocos los que se permiten tal **desvergüenza científica**.

Incluso los mismos ortodoxos y protestantes aceptan esta verdad.

Harnack (protestante) escribe: «*El martirio de San Pedro en Roma ha sido negado por los tendenciosos prejuicios protestantes y sucesivamente por preconceptos de los críticos de parte... No hay estudioso que actualmente vacile en reconocer que eso fue un error*».

El ruso Bolotov, así como Cullmann, llegan a declarar la absoluta falta de fundamento de toda afirmación histórica si se negara el martirio de Pedro en la Ciudad Eterna.

San Ignacio de Antioquía, escribiendo a los cristianos de Roma, tras haberles exhortado a no querer impedir que sea «molido por los dientes de las fieras», afirma: «*No os ordeno, como Pedro y Pablo: ellos fueron apóstoles, mientras que yo no soy sino un aborto*», afirmación que **adquiere significado pleno sólo suponiendo la permanencia física y la autoridad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo en la ciudad de Roma y su derramamiento de sangre**.

Ulterior confirmación de ello la hallamos en la carta de Dionisio, obispo de Corinto, que la escribió al Papa Soterio (alrededor del 166-170 después de Cristo), donde se puede leer: «*Por tanto debéis, con vuestra más viva exhortación, reunir los frutos de la siembra de Pedro y de Pablo en Roma y en Corinto. Pues ambos han sembrado la palabra del Evangelio también en Corinto, y juntos allí nos han instruido, de igual modo como juntos han instruido en Italia y juntos han sufrido el martirio*», nueva confirmación de su permanencia y de su martirio en Roma.

Teniendo presente lo dicho por Eusebio de Cesarea, tanto Clemente Alejandrino como Papías (+ 150), obispo de Hierápolis, confirmaron expresamente que **Pedro predicó en Roma la catequesis apostólica, que luego fue puesta por escrito por San Marcos** «su intérprete» a petición de los cristianos de dicha comunidad (Hist. Ecles. 3, 39, 15; 6, 14, 7. MG. 20, 299; 551).

San Ireneo de Lion (+ 202) en «*Adversus Haereses*» testimonia: «*la más grande y antigua iglesia, conocida por todos, fundada y organizada en Roma por los dos apóstoles más gloriosos, Pedro y Pablo*», y citando a continuación una lista de los Papas, afirma: «*habiendo fundado y edificado la Iglesia (en Roma), los bienaventurados apóstoles encomendaron la tarea del episcopado a Lino, etc*», confirmando así de nuevo y concordemente las otras fuentes.

Tertuliano, que testimonió la presencia de Pedro en Roma y su actividad misionera, bautizando en el Tíber (*De Baptism.* 4. ML. 1, 1203), escribió así mismo: «Si estás en Italia, tienes Roma, de donde se difunde una autoridad que va mucho más allá [de los confines de la misma Italia]. ¡Qué fortunada es esta Iglesia por la que los apóstoles han derramado su doctrina con su sangre, donde Pedro ha emulado la pasión del Señor, donde Pablo ha sido coronado con la misma muerte de Juan» («*De Praescriptione haeret.*» 36. ML. 2, c. 9), y: «La germinante fe cristiana fue ensangrentada en primer lugar por Nerón en Roma. **Allí Pedro fue atado por otro como Jesús le había profetizado, cuando fue atado a la cruz**» (*Scorpiace*, XV).

Orígenes y San Jerónimo atestiguan igualmente la predicación de San Pedro en Roma y su crucifixión con la cabeza abajo.

Pero también la arqueología nos lo confirma. Una inscripción, llamada de la platonía (que viene tal vez de «*platoma*», losa de mármol), puesta por el Papa Dámaso (+ 384), en las Catacumbas de San Sebastián, en la vía Appia, dice: «Tú que preguntas por Pedro y Pablo, debes saber: aquí un día vivieron los dos santos. El Oriente mandó los discípulos, lo admitimos; pero a causa de su sangriento martirio –pues ellos siguiendo a Cristo han subido a través de las estrellas a la sede celestial y han alcanzado el reino de los bienaventurados– Roma ha obtenido con mayor derecho considerarlos como sus ciudadanos. Esto quiere cantar Dámaso a vuestra gloria, oh nuevas estrellas».

Esto confirmaría lo que suponen quienes hablaron de un traslado provisional de las reliquias de los apóstoles Pedro y Pablo (respectivamente desde el Vaticano y desde la vía Ostiense), a causa de la terrible persecución (258 dopo Cristo) de Valeriano, durante la cual, entre otras cosas, fueron secuestrados los cementerios, confirmando su presencia en la Ciudad de los Papas. En una sala de dichas catacumbas, llamada por los arqueólogos «*Triclía*» (= sala de comedor), ha sido hallada así mismo toda una pared llena de grafitos, anteriores al periodo constantiniano, en los que aparecen repetidamente los nombres de Pedro y Pablo con más de cien invocaciones de todo tipo en griego y en latín, o también en latín con letras griegas.

Sabemos con certeza, que las inscripciones sepulcrales de un periodo anterior a la muerte del mismo Constantino (337 después de Cristo), encontradas por la estudiosa Margherita Guarducci, siguiendo los estudios a los que también Pio XII dio impulso, confirman lo que atestigua el «*Liber Pontificalis*», a propósito de la iglesia che Constantino, hacia el 315, había erigido sobre la tumba primitiva de San Pedro (iglesia que fue sustituida por la actual basílica por voluntad de Julio II).

Al abrir una brecha en el interior del lugar, los arqueólogos descubrieron le antiguo trofeo de Gaio, una especie de quiosco funerario formado por dos pequeños nichos superpuestos, apoyado al llamado «muro rojo», y de su misma antigüedad (alrededor del año 150).

En una construcción adyacente, otro muro («muro g»), fueron halladas numerosísimas inscripciones, representadas por grafitos, en que figuraban a menudo los nombres de Cristo, María y Pedro; de este último tenemos también el empleo del símbolo de las llaves, mediante las letras P y E; la época de datación es del III siglo.

Pio XII declaró, en el mensaje navideño de 1950: «¿Ha sido realmente encontrada la tumba de San Pedro? A tal pregunta, la conclusión final de los trabajos y de los estudios responde con un clarísimo sí. La tumba del Príncipe de los apóstoles ha sido hallada... La gigantesca cúpula se levanta exactamente sobre el sepulcro del primer Obispo de Roma, del primer Papa: sepulcro, al principio, humildísimo, pero sobre el cual la veneración de los siglos posteriores, con maravillosa sucesión de obras, ha erigido el máximo templo de la Cristiandad».

Tras sucesivas profundizaciones se demostró exactamente haber encontrado al lado del «muro g», la reliquia del cuerpo de San Pedro.

Ante esta pequeña investigación no es posible dudar del testimonio que el Príncipe de los apóstoles, y con él los demás, dieron de la verdad de Cristo vivo y resucitado, prefiriendo a todo, seguir al Maestro donde quiera que El les hubiera mandado.

Vale por tanto de nuevo la pregunta: **¿para qué morir por una mentira?**  
**La Resurrección es un hecho histórico.**

(del sito en italiano EFFEDIEFFE)